



LAS BENDICIONES PATRIARCALES

por el élder LeGrand Richards
del Consejo de los Doce

Para poder comprender verdaderamente el llamamiento de patriarca y el porqué de las bendiciones patriarcales, primero debemos entender la vida preterrenal del hombre. Si nuestra existencia se hubiera iniciado con el nacimiento en esta tierra, sería muy difícil comprender el llamamiento de un patriarca.

El hermano John A. Widtsoe (1872-1952), que era miembro del Quórum de los Doce, en cierta oportunidad viajó a Inglaterra durante la Primera Guerra Mundial, y un oficial inglés de la Oficina de Inmigración le dijo:

— No le permitiremos entrar al país. Hemos permitido que sus misioneros entren, pero no queremos a ninguno de sus líderes. Tome

asiento.

De modo que el hermano Widtsoe se sentó.

Unos minutos más tarde el oficial le llamó nuevamente y le preguntó:

— Si le permitimos entrar al país, ¿qué enseñará a nuestro pueblo?

Respondiendo el hermano Widtsoe le dijo:

— Le enseñaré de dónde procede, por qué está en esta tierra, y hacia dónde va.

El oficial le miró y volvió a preguntarle:

— ¿Su Iglesia enseña eso?

— Así es — respondió él.

— Mi iglesia no enseña tal cosa — dijo el oficial, al mismo tiempo que timbraba y firmaba el pasaporte—, puede entrar al país.

Si no sabemos hacia dónde vamos, somos semejantes a un barco sin timón en medio del océano, sin nadie que lo dirija; echados de un lado a otro por los vientos y las olas. Pero si sabemos de dónde venimos, por qué estamos aquí, y hacia dónde vamos, entonces tendremos mayores posibilidades de llegar al puerto deseado. Este es realmente el objeto de una bendición patriarcal: el interpretar y revelarnos, por medio de la inspiración del Todopoderoso, por qué estamos aquí y qué se espera de nosotros, a fin de que podamos cumplir con el propósito de nuestra creación sobre la tierra.

En Doctrina y Convenios leemos:

"También el hombre fue en el principio con Dios. La inteligencia, o la luz de verdad, no fue creada ni hecha, ni tampoco lo puede ser." (D. y C. 93:29.)

En el principio estuvimos con

Dios. En la sección 76 de Doctrina y Convenios se nos dice que somos "engendrados hijos e hijas para Dios" (D. y C. 76:24). No voy a entrar en detalles de cómo pasamos de ser inteligencias a seres espirituales; básteme decir que, de acuerdo con la revelación, Dios estaba en medio de las almas antes de la creación del mundo, y El fue el más inteligente de todas ellas, y estábamos allí con El. Por lo tanto, ya que no tuvimos un principio, tampoco tenemos fin. Me referiré a la declaración, tan a menudo citada, que el Señor dio a Abraham:

"Y el Señor me había mostrado a mí, Abraham, las inteligencias que fueron organizadas antes que existiera el mundo; y entre todas éstas había muchas de las nobles y grandes;

y vio Dios que estas almas eran buenas, y estaba en medio de ellas, y dijo: A éstos haré mis gobernantes; pues estaba de pie entre aquellos que eran espíritus, y vio que eran buenos; y me dijo: Abraham, tú eres uno de ellos; fuiste escogido antes de nacer." (Abraham 3:22-23.)

No sólo Abraham fue escogido antes de nacer; muchos otros de los cuales tenemos conocimiento también fueron elegidos, y la única razón por la cual lo fueron antes de nacer fue porque el Señor los conocía; El estaba en medio de ellos, de los grandes y nobles, y por supuesto en medio de los demás espíritus, pero esta referencia en particular dice que estaba en medio de los espíritus grandes y nobles. De todos los espíritus nobles que vinieron a la tierra, el más maravilloso

fue Cristo, nuestro Señor, el Primogénito, el Hijo de Dios. Satanás fue otro, y sin entrar en detalles, diré que era como el lucero de la mañana, uno de los espíritus brillantes, pero por causa de sus acciones, fue echado a la tierra y arrastró consigo a la tercera parte de las huestes espirituales de los cielos (véase D. y C. 29:36).

Por motivo de que esos espíritus grandes y nobles vivieron después en este mundo y Dios los conocía y eran sus profetas, pudieron hablar de las obras de Cristo y de su sacrificio mucho antes de que naciera en esta tierra; además declararon minúsculos detalles con respecto a su vida, su ministerio y su crucifixión, incluso que los hombres echarían suertes para ver quién se quedaría con su ropa después de matarle. Esas revelaciones fueron posibles porque Dios conocía a su Hijo y sabía lo que iba a pasar.

Mencionemos ahora a Juan el Bautista. Como recordaréis, el ángel Gabriel apareció a Zacarías y le indicó que Elizabeth, su esposa, concebiría un hijo y que éste sería el que prepararía el camino delante del Redentor del mundo. Si Juan hubiera tenido su principio sin la existencia espiritual, hubiera sido casi imposible que cualquier persona pudiera predecir que tipo de individuo iba a nacer en el mundo.

Las palabras de los profetas testifican que Dios conoce todas sus obras desde el principio. El no tiene que esperar para ver que todo funcione como es debido en la vida terrenal, porque ha decretado que ciertas cosas y objetivos se logra-

rán; además, ha hecho los preparativos por adelantado al enviar a ciertos espíritus en su debido tiempo y hora. Dios conoce su vida y ministerio mucho antes de que nazcan, tal como conocía la misión y el ministerio de su Unigénito. Por esa razón el ángel Gabriel pudo anunciar la venida de Juan y su gran misión en el mundo.

**Si no sabemos hacia
dónde vamos, somos
semejantes a un barco
sin timón en medio del
océano.**

Consideremos también la misión de Juan el Amado, el apóstol del Señor Jesucristo. Dios no tuvo necesidad de esperar hasta que viviera sobre esta tierra para saber cuál era la misión que tendría. Juan ya se había preparado en el mundo espiritual para la gran misión a la cual sería llamado. Por este mismo motivo, 600 años antes del nacimiento de Cristo, un ángel de Dios pudo revelar a Nefi las cosas que Juan iba a llevar a cabo. (Véase 1 Ne. 14:20-27.) La misión de un patriarca es revelar el llamamiento que Dios tiene para sus hijos aquí en la tierra,

con el propósito de que tengan una idea de lo que el Señor espera de ellos mientras se encuentran en ella.

Existe una maravillosa promesa con respecto a la misión de José Smith, el Vidente y Profeta "como Moisés"; se le prometió que no haría ninguna otra obra, salvo la que el Señor le mandara hacer y que la obra que él llevaría a cabo por el poder de Dios traería la salvación a muchas personas. (Véase 2 Ne. 3.) Como podéis daros cuenta, si un patriarca hubiera poseído la inspiración en su llamamiento hasta el grado de saber y recibir de Dios el conocimiento de lo que José Smith era, hubiera sido una cosa muy sencilla poner sus manos sobre la cabeza de José y prometerle los grandes poderes de liderazgo; de haber existido un patriarca, esto le hubiera sido fácil porque José vino en su debido tiempo y de acuerdo con el llamado del Todopoderoso.

Recordad a Jeremías que fue llamado para ser profeta.

"Vino, pues, palabra de Jehová a mí, diciendo:

Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones.

Y yo dije: ¡Ah! ¡Ah, Señor Jehová! He aquí, no sé hablar, porque soy niño." (Jer. 1:4-6.)

Sabiendo todas estas cosas, no es difícil comprender la misión de un patriarca. El apóstol Pablo comprendía que el Señor llamaba a los hombres antes que naciesen. He aquí algunos versículos del primer capítulo de Efesios:

"Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Efeso:

Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo,

según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él." (Ef. 1:1-4.)

Como podéis ver, aquellos que Dios ha escogido antes de la fundación del mundo, y desearía dar mi testimonio de que muchos de nosotros que hemos nacido bajo el nuevo y sempiterno convenio, y aquellos que han escuchado la voz de los mensajeros de verdades eternas y las han aceptado quedan incluidos bajo esta misma promesa. El los ha llamado para ser Sus directores, para ser una luz al mundo. ¿Qué sucedería si nuestra luz se desvaneciera a la vista de los hombres? ¿Qué sucedería si alguno de nosotros se apartara de la gran misión a la cual el Señor nos ha llamado y para la cual nos ordenó antes de la fundación del mundo? Uno de los propósitos de las bendiciones patriarcales es darnos la inspiración que nos permita tener éxito aquí en la tierra, y que seamos dignos del gran llamamiento que nos dieron antes de la fundación del mundo.

Como miembro del Consejo de los Doce he tenido el privilegio de ordenar a varios patriarcas, pero el pri-

mero que ordené me dijo: "Creo que no podré llevar a cabo tan importante oficio". Pocas semanas después recibí de él una carta en la que me comentaba lo siguiente: "Pensé que no podría hacerlo y ahora que he estado leyendo las bendiciones que he dado, sé que yo no las di. El Señor lo hizo; de lo contrario, nunca

La misión de un patriarca es revelar el llamamiento que Dios tiene para Sus hijos aquí en la tierra.

se habría pronunciado en esa manera".

No hace mucho estaba en una capilla cuando escuché esta historia: Un par de muchachos fueron al patriarca para recibir su bendición patriarcal. El conocía muy bien a uno de ellos y a éste le dijo: "Tengo una maravillosa bendición para ti". Acto seguido bendijo al otro muchacho primero, luego de lo cual puso sus manos sobre aquel al cual había prometido darle una maravillosa bendición; sin embargo, encontró que no podía dársela, las palabras simplemente no acudían a su boca. Finalmente tuvo que decirle: "Tendrás

que regresar en otra oportunidad".

El Señor hizo saber a ese hermano que ningún patriarca tiene una bendición especial para nadie. Las bendiciones son del Señor y cuando los hombres quieren vanagloriarse, hablar por su propio poder, o su propia inspiración, no tienen nada que dar. Es el Señor el que da las bendiciones y el patriarca es tan sólo el medio por el cual El trabaja para hacerlo.

No puedo pensar en nada más maravilloso que en las bendiciones dadas por Moisés y por Jacob a las Doce Tribus de Israel. A José se le prometió una nueva tierra "hasta el término de los collados eternos" (Gn. 49:26), que sus vastagos se extenderían sobre el muro y que él sería bendecido "con bendiciones de los cielos de arriba" y "con bendiciones del abismo que está abajo". Es muy posible que ni Jacob, ni Moisés, quienes dieron las bendiciones, tuvieran conocimiento de dónde quedaba esa tierra nueva que Dios daría a José, ni de a dónde irían las ramas de aquella gran casa de Israel cuando se extendieran sobre el muro. Incluso los mismos patriarcas no comprenden todas las bendiciones que dan.

Hace un tiempo estaba conversando con un patriarca, el cual me contó que había dado una bendición a una mujer que había venido de uña de las misiones. Entre otras cosas él le dijo que sus progenitores habían hecho una gran contribución para sacar a luz el evangelio en estos últimos días. Después de haber recibido la bendición ella dijo: "Me parece que esta vez ha cometido un

error: soy conversa a la Iglesia, y soy la primera persona de mi familia que se ha unido a la Iglesia".

El patriarca le dijo: "Yo no sé nada al respecto; todo lo que sé es que me sentí inspirado para decírselo". Cuando ella me lo contó, ya había ido a la biblioteca genealógica y había averiguado que algunos de sus familiares o sus bisabuelos habían hecho grandes sacrificios durante los comienzos de la Iglesia; era una parte de la familia que había emigrado hacia el Este y se habían convertido, así que, después de todo, ella descendía de los primeros pioneros. El patriarca no lo sabía, pero había hablado bajo la inspiración del Espíritu Santo.

Hace algunos años estaba en Arizona, y el presidente de la estaca me contó acerca de uno de sus hijos que había sido llamado a la misión. Antes de partir el joven recibió su bendición patriarcal, en la que el patriarca le dijo que podía estar agradecido por la asignación que recibiría, y añadió: "Verás inundaciones a tu izquierda y a tu derecha, pero tu vida estará protegida y serás preservado". Fue asignado a la Misión de los Estados Centrales del Este, en los Estados Unidos, y mientras estaba allá hubo una gran inundación; El misionero quedó aislado en una casa de la cual tuvo que ser rescatado en bote, pues estaba rodeado de agua; pero sobrevivió. ¿Cómo pudo saber el patriarca en el momento de darle la bendición, sino sólo por la inspiración del Todopoderoso?

Mi padre fue llamado para ser patriarca cuando tenía 33 años. Las

primeras bendiciones nos las dio a nosotros, los tres varones; yo tenía ocho años. Y si se tomaran actualmente esas tres bendiciones y se pusieran una al lado de la otra, como lo hice hace unos días, sin poder ver los nombres en ellas, cualquier persona que nos conociera no tendría ninguna dificultad en reconocer cuál bendición correspondía a cada uno de nosotros.

Cuando yo tenía ocho años mi padre me comunicó que yo no había venido a la tierra por casualidad, sino que estaba aquí en cumplimiento de los decretos del Todopoderoso. Luego procedió a indicarme algo del trabajo que tenía que hacer en el establecimiento del reino de Dios. Desde esa época esta bendición ha sido una inspiración para mí, y mi oración constante al Señor ha sido que me ayude a vivir dignamente para que en cualquier momento en que El me llame, pueda estar en condiciones de hacer lo que me mande y no se me prive de responsabilidades porque se me encuentre indigno de hacer lo que El me tiene reservado.

Que el Señor os bendiga para que podáis daros cuenta de dónde venís y los grandes privilegios que tenéis. Si el velo se pudiera descorrer y pudieseis ver tan sólo un momento el gran plan eterno de Dios para con vosotros, no os sería difícil amarle, guardar sus mandamientos y vivir en forma digna para merecer todas las bendiciones que El os ha dado desde antes de la fundación del mundo. Oro al Señor para que os bendiga, y nunca desfallezcáis ni fracaséis en vuestro camino.